



Página literaria

Parker Adderson, filósofo y hombre ingenioso

Parker Adderson, Philosopher and Wit

■ Ambrose Bierce* (†)

■ —Prisionero, ¿cómo se llama usted?

—Ya que voy a perderlo mañana al amanecer, no creo que valga la pena ocultar mi nombre: Parker Adderson.

—¿Graduación?

—Más bien humilde. La existencia de los oficiales de carrera es demasiado valiosa como para ser expuesta al peligroso asunto del espionaje. Soy sargento.

—¿De qué regimiento?

—Le ruego me disculpe, pero supongo que si le contestara podría darle información sobre las fuerzas que tiene enfrente. Me he introducido en sus líneas para obtener información, no para facilitársela a ustedes.

—No le falta chispa.

—Si tiene usted la paciencia de esperar, mañana me verá bastante apagado.

—¿Cómo sabe que usted va a morir mañana por la mañana?

—Eso es lo que se acostumbra a hacer con los espías capturados durante la noche. Es una de las amables reglas de la profesión.

El general, dejando a un lado la dignidad propia de un oficial confederado de alta graduación y renombre, sonrió. Pero, nadie que hubiera caído bajo su poder o desfavor podría deducir de su gesto ningún feliz augurio ni signo externo de aprobación. Tal expresión no era benévola ni contagiosa y no se dirigía a ninguno de los que tenía delante: el espía capturado que lo había provocado y el centinela armado que lo había llevado a la tienda y que ahora se mantenía a cierta distancia vigilando a su prisionero bajo la luz amarilla de una vela. Entre los deberes de aquel guerrero no figuraba el sonreír y tenía presentes otros objetivos. Se reanudó la conversación. En esencia se trataba de un juicio por un delito capital.

* Relato publicado por primera vez en el *San Francisco Examiner* el 22 de febrero de 1891 con el título de *Parker Adderson, Philosopher and Wit*, e incluido en "Cuentos de soldados y civiles" (*Tales of soldiers and civilians*), apareció en 1892. Traducción de Amparo Pérez-Gutiérrez.

—Por lo tanto, admite que es un espía que ha penetrado en mi campamento disfrazado con el uniforme de un soldado confederado con el objeto de obtener información secreta sobre el número y disposición de mis tropas.

—Especialmente sobre su número. Su disposición ya la conocía. Es más bien perversa.

El general volvió a sonreír. El centinela, con un sentido más riguroso de su responsabilidad, acentuó su adusta expresión y permaneció aún más erguido que antes. El espía, haciendo girar su sombrero gris sobre el dedo índice, miraba con calma a su alrededor. Era un lugar bastante sencillo. La tienda era la típica “tienda de campaña” de aproximadamente ocho por diez pies iluminada por una humilde vela de sebo enclavada en el mango de una bayoneta, a su vez encajada en una mesa de pino a la que se sentaba el general, quien ahora escribía afanosamente y parecía no prestar atención a su involuntario huésped. Una vieja alfombra cubría el suelo de tierra; un baúl de cuero aún más viejo, una segunda silla y un rollo de mantas era todo lo que contenía la tienda. Bajo el mando del general Clavering la sencillez y la carencia de toda “pompa y circunstancia” habían alcanzado su máximo desarrollo. De un gran clavo hundido en el mástil a la entrada de la tienda, colgaba un cinturón con un sable, una pistola en su cartuchera y, algo bastante absurdo, un cuchillo de monte. Cuando se refería a ese arma nada militar, el general solía explicar que se trataba de un recuerdo de los pacíficos días en que era un civil.

Era una noche tormentosa. La lluvia caía a chorros sobre la lona con ese ruido monótono y parecido al redoble de tambor tan familiar a los que viven en tiendas. Bajo las ráfagas atronadoras la frágil estructura temblaba, se mecía y tensaba las cuerdas y estacas que la fijaban.

Una vez hubo terminado de escribir, el general dobló la hoja de papel y se dirigió al soldado que vigilaba a Adderson:

—Acérquese, Tassman. Tome esto, llévelo al ayudante mayor y vuelva después.

—¿Y el prisionero, mi general? —dijo el soldado con una mirada de interrogación dirigida a aquel desgraciado.

—Haga lo que le digo, —replicó el general con brusquedad.

El soldado cogió la nota, bajó la cabeza y salió de la tienda. El general Clavering volvió su noble rostro hacia el espía federal, le miró a los ojos no sin amabilidad y dijo:

—Es una mala noche, muchacho.

—Para mí sí lo es —contestó el espía.

—¿Adivina lo que acabo de escribir?

—Espero que sea algo digno de leerse. Y, quizá sea presuntuoso por mi parte, pero me arriesgaría a suponer que soy mencionado en ese papel.

—Sí; es el memorando de una orden para ser leída a las tropas tras el toque de diana sobre su ejecución. También incluye unas notas dirigidas al jefe de la policía militar para que disponga los detalles del acto.

—Espero, general, que el espectáculo será preparado adecuadamente, porque yo asistiré en persona.

—¿Quiere usted hacer alguna disposición especial? Por ejemplo, ¿desea ver a un capellán?

—No quisiera concederme un descanso tan largo privándole a él de una pequeña parte del suyo.

—¡Pero, por Dios, muchacho! ¿Piensa usted ir a su muerte sin otra cosa que bromas en los labios? ¿No se da cuenta de que se trata de algo muy serio?

—¿Cómo puedo saberlo? En toda mi vida nunca he estado muerto. He oído que la muerte es un asunto serio, pero no por parte de nadie que haya pasado por la experiencia.

Por un momento el general guardó silencio. El muchacho le interesaba; quizá, incluso, le divertía. Era un tipo de hombre con el que nunca se había encontrado antes.

—La muerte, dijo, como mínimo es una pérdida. Una pérdida de esa felicidad que poseemos y de más oportunidades de ser feliz.

—Una pérdida de la que nunca seremos conscientes se puede soportar con serenidad y por lo tanto puede ser aguardada sin temor. General, usted habrá observado que de todos los hombres muertos que ha tenido el placer marcial de ir sembrando en su camino, ninguno ha dado señales de pesar.

—Si estar muerto no es un estado lamentable, al menos el paso de la vida hacia la muerte —el acto de morir, en suma— sí parece que debe ser muy ingrato para aquél que no ha perdido la capacidad de sentir.

—El dolor es desagradable, sin duda. Nunca lo he sufrido sin un malestar más o menos grande. Pero el que más vive está más expuesto a él. Lo que usted llama morir no es sino el último sufrimiento. En realidad, morir es algo que no existe. Por ejemplo, suponga que intento escapar. Usted levanta el revólver que con tanta delicadeza disimula sobre su regazo y...

El general se ruborizó como una muchacha, después rió quedamente dejando ver su brillante dentadura, hizo una leve inclinación de su hermosa cabeza y no dijo nada. El espía prosiguió:

—Usted dispara y yo paso a tener en mi estómago algo que no he deglutido previamente. Caigo, pero no estoy muerto. Lo estoy tras media hora de agonía. Pero en cada uno de los momentos que componen esa media hora yo habré estado o vivo o muerto. No hay un período de transición... Cuando me ahorquen mañana por la mañana sucederá exactamente lo mismo: mientras esté consciente, estaré vivo; cuando muera, inconsciente. Parece que la Naturaleza hubiera dispuesto las cosas en función de mis intereses... Tal como yo mismo las hubiera ordenado. Es así de sencillo, añadió con una sonrisa, que podría decirse que apenas importa que le cuelguen a uno.

Después de estas palabras se produjo un largo silencio. El general permanecía sentado imperturbable, escrutando el rostro del hombre, aparentemente sin haber oído lo que había dicho. Era como si sus ojos vigilaran al prisionero mientras su mente se hallara concentrada en otros asuntos. Al momento respiró larga y profundamente, se estremeció como si se acabara de despertar de una terrible pesadilla y exclamó con voz apenas audible: —¡La muerte es horrible! Este hombre es carne de cañón.

—Era horrible para nuestros salvajes antepasados —dijo el espía con gravedad— porque no tenían la suficiente inteligencia como para separar la idea de conciencia de la idea de las formas físicas en que la muerte se manifiesta. E,

incluso, con un nivel inferior de inteligencia como, por ejemplo, el del mono, se podría ser incapaz de imaginar una casa sin moradores, o ante una cabaña en ruinas cabría figurarse un ocupante herido. Para nosotros es horrible porque hemos heredado la predisposición a considerarla así y nos explicamos esa tendencia por quiméricas teorías sobre otro mundo; al igual que los nombres de los lugares dan lugar a leyendas que los explican y una conducta irracional lleva a filosofías que la justifican. General, usted me puede ahorcar, pero ahí acaba su nocivo poder; usted no me puede condenar al cielo.

El general parecía no haber oído; las palabras del espía habían llevado sus pensamientos por un camino no habitual, pero una vez en él continuaron independientes hasta llegar a sus propias conclusiones. La tormenta había acabado y algo del solemne espíritu de la noche se había incorporado a sus reflexiones, dándoles el sombrío matiz de un pavor sobrenatural en el que, tal vez, había un elemento de presciencia.

—No me gustaría morir, dijo. —Esta noche no.

Fue interrumpido, en el supuesto de que quisiera seguir hablando, por la entrada de un oficial de su plana mayor, el capitán Hasterlick, jefe de la policía militar. Ello hizo que su aire ausente desapareciera del rostro del general y volviera en sí.

—Capitán —dijo devolviendo el saludo al oficial—, este hombre es un espía yanqui que ha sido capturado dentro de nuestras líneas con papeles que le incriminan. Ha confesado. ¿Qué tiempo hace?

—La tormenta ha pasado, señor, y la luna brilla.

—Bien; tome un pelotón de hombres, llévelo ahora mismo al campo de maniobras y fusílelo.

Un grito agudo salió de los labios del espía, que propulsó su cuerpo hacia delante con el cuello tenso, los ojos fuera de las órbitas y los puños cerrados.

—¡Dios mío!, clamó con voz ronca, casi sin articular las palabras. —¡Usted no ha querido decir eso! ¡Olvida que no debo morir hasta mañana!

—No he dicho nada de mañana, replicó el general friamente. Eso ha sido cosa suya. Usted morirá ahora.

—Pero, general, le pido... le suplico que recuerde. ¡Debo ser ahorcado! Llevará algún tiempo levantar el patíbulo... dos horas... una hora. Los espías son colgados; la ley militar me da ciertos derechos. ¡Por Dios!, general; considere lo poco que...

—Capitán, cumpla mis órdenes.

El capitán desenvainó su espada y dirigiendo su mirada al prisionero le indicó la salida de la tienda. El espía vaciló; el capitán le tomó del cuello y con cuidado le empujó hacia delante. Cuando se halló cerca del mástil de la tienda, el desesperado saltó hacia allí y, con la agilidad de un gato, agarró el mango del cuchillo de monte, lo arrancó del cinturón, dio un empujón al capitán y se lanzó sobre el general con la furia de un loco, tirándole al suelo y cayendo de cabeza sobre él. La mesa se volcó, la vela se apagó y los dos hombres lucharon a ciegas en la oscuridad. El capitán saltó como un resorte en ayuda de su superior y cayó entre las formas que combatían. Del batiburrillo de cuerpos y extremidades partían maldiciones y gritos inarticulados de dolor y rabia. La tienda

se desplomó sobre ellos y, bajo el impedimento de sus pliegues, la lucha continuó. El soldado Tassman, al volver de hacer su recado e imaginando vagamente la situación, tiró su fusil y, agarrando al azar la ondulante lona, trató inútilmente de separarla de los hombres que se hallaban debajo; y el centinela que iba y venía delante de la tienda, no atreviéndose a abandonar su puesto aunque los cielos se desplomaran, optó por disparar su fusil. El estampido puso en alerta al campamento; los tambores redoblaron y las cornetas llamaron a reunión, provocando que un enjambre de hombres a medio vestir bajo la luz de la luna, corrieran a las concisas órdenes de los oficiales a ponerse en filas mientras terminaban de vestirse. Se hizo como era debido y los hombres alineados quedaron dispuestos. Estaban armados, mientras la plana mayor del general y los hombres de su escolta ponían orden en la confusión, levantaban la tienda caída y separaban a los actores, ensangrentados y sin aliento, de aquella extraña pelea.

Sin embargo, lo que se dice sin aliento sólo había uno. El capitán estaba muerto. El mango del cuchillo asomaba en su garganta, hundido tan hondamente bajo su mentón que su punta llegaba hasta el ángulo de la mandíbula y la mano que había asestado la cuchillada no había podido retirar el arma. En la mano del capitán estaba su espada, aferrada con una energía que desafiaba la fuerza de los vivos. Su hoja estaba manchada de rojo hasta la empuñadura.

El general se puso de pie, pero volvió a caer con un quejido y se desmayó. Además de contusiones tenía dos profundas heridas de espada: una le había atravesado el muslo y la otra el hombro.

El que había salido mejor parado era el espía. Salvo el brazo derecho roto, sus heridas sólo eran las que hubiera podido sufrir en un combate corriente con armas corrientes. Pero estaba muy aturdido y apenas parecía darse cuenta de lo que acababa de pasar. Se separó de los que le atendían, se acurrucó en el suelo y murmuró quejas ininteligibles. Su rostro, hinchado por los golpes y manchado de gotas de sangre, sin embargo estaba blanco bajo su desordenado pelo, tan pálido como el de un cadáver.

—Este hombre no está loco —dijo el cirujano, mientras preparaba vendas y contestaba a una pregunta. —Está enfermo de miedo. ¿Quién es y qué hace aquí?

El soldado Tassman empezó su explicación. Era la ocasión de su vida. No omitió nada que de una u otra forma pudiera acentuar la importancia de su relación con los acontecimientos de la noche. Cuando terminó su relato y estaba dispuesto a repetirlo de nuevo, nadie le prestó ninguna atención.

El general acababa de recuperar el conocimiento. Se apoyó sobre un codo, miró a su alrededor y, viendo al espía vigilado y acuclillado junto a una fogata, simplemente dijo:

—Lleven ese hombre al campo de maniobras y fusílenlo.

—La mente del general está trastornada —dijo un oficial que se hallaba próximo.

—Su mente no está trastornada, —afirmó el ayudante mayor. —Yo tengo su memorando respecto a este asunto. El general había dado la misma orden a

Hasterlick, dijo con un movimiento de la mano dirigido hacia el cadáver del jefe de la policía militar. —Y, ¡por Dios!, será cumplida.

Diez minutos después, el sargento Parker Adderson, del ejército federal, filósofo y hombre con ingenio, arrodillado bajo la luz de la luna y suplicando incoherentemente por su vida, era fusilado por veinte hombres. En el momento en que sonó la descarga en el cortante aire de la medianoche, el general Clavering, que yacía pálido y tranquilo a la luz roja de la hoguera, abrió sus grandes ojos azules, miró con amabilidad a los que se hallaban a su alrededor y exclamó:

—¡Cuánto silencio!

El cirujano miró al ayudante mayor con un gesto grave y significativo. Los ojos del paciente se cerraron despacio y así permaneció unos momentos; después, con el rostro iluminado con una sonrisa de inefable dulzura, dijo con voz débil:

—Supongo que esto debe ser la muerte.

Y así se marchó.